

Sabor, Josefa E. (1948). La información bibliográfica : Posibilidades de las bibliotecas argentinas. Revista de la Universidad de Buenos Aires. Cuarta época (6).

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas INIBI.
Puán 480 - 4° Piso - Of. 8 - (C1406CQJ) Buenos Aires | ARGENTINA | Tel. 5287-2892 | 5287-2893
Correo-e: inibi@filo.uba.ar | inibi.uba@gmail.com | <http://inibi.institutos.filo.uba.ar>

JOSEFA EMILIA SABOR

LA INFORMACION BIBLIOGRAFICA

POSIBILIDADES DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS

Separata de la Revista de la Universidad
de Buenos Aires - Cuarta época-Abril-junio - Núm. 6

BUENOS AIRES
Imprenta de la Universidad
1948

JOSEFA EMILIA SABOR



LA INFORMACION BIBLIOGRAFICA

POSIBILIDADES DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS

Separata de la Revista de la Universidad
de Buenos Aires - Cuarta época-Abril-junio - Núm. 6

BUENOS AIRES
Imprenta de la Universidad
1948

LA INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

POSIBILIDADES DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS

por JOSEFA EMILIA SABOR

EL movimiento de renovación bibliotecaria, iniciado en el siglo XIX en los países de habla inglesa, y que después de adquirir en su lugar de origen la mayor pujanza, comenzó a hallar eco en el nuestro, acusa, entre sus rasgos salientes, una definida tendencia al establecimiento de normas y «standards» para todas las actividades bibliotecarias. Esta marcha hacia la fijación de reglas, que tiende cada vez más a la universalización, se origina en el crecimiento constante y ya vertiginoso del número de obras impresas, y en la incorporación a las bibliotecas de materiales que, sin ser bibliográficos, pueden llegar a constituir en ellas secciones de importancia: pinacotecas, archivos de documentos, discotecas, etc. Tanto y tan diverso material ha exigido, para su buena conservación y su aprovechamiento racional, indicaciones precisas que trascienden el pensamiento particular de cada bibliotecario. Ellas constituyen los cuerpos de normas, sean de catalogación o alfabetización, los sistemas de clasificación, las reglas y disposiciones que rigen el ingreso del material, su préstamo, etc.

El uso de normas y reglas ha llevado, dado su gran número y la cantidad de bibliotecarios a quienes están dirigidas, a ese tecnicismo, cada vez mayor, que con tanto entusiasmo trata de imponerse entre nosotros, y al que se ha visto ya en otros países afrontar el grave riesgo de la mecanización. No cabe la menor duda de que, considerado el estado actual de nuestras bibliotecas, nada les será más provechoso que ajustarse severamente y de una vez por todas a normas y preceptos de trabajo. Nadie puede discutir que su problema es, precisamente, alcanzar la uniformidad y mantenerla a través del tiempo. Pero esto, dando a la palabra uniformidad no el restringido valor de *molde*, sino el muy amplio valor de *orden*, ya que sólo en un orden de múltiples formas y no en una actividad constreñida a límites rigurosos — y que no por estrecha deja, a veces, de ser desorden — está la solución de los problemas que plantea toda biblioteca. Orden múltiple, no desorden uniformado; tecnicismo, no mecanización: esta debe ser la consigna para los que afrontan la posibilidad de reencauzar todo nuestro disperso esfuerzo bibliotecario.

MECANICISMO *versus* HUMANISMO

Lo enunciado basta para poner de manifiesto el valor de excepción que adquiere, en una biblioteca, el factor humano. Es cosa generalizada conceder una importancia total y a veces absoluta a la colección misma de libros y a los medios mecánicos, o casi totalmente mecánicos, con que se los pone a disposición del público. Al personal de la biblioteca se le concede, por lo general, el papel de mero «intermediario», palabra que usan con frecuencia los estadounidenses. El hombre termina por realizar sólo aquellas actividades para cuyo cumplimiento no se ha inventado todavía una máquina adecuada. El bibliotecario pierde así su vieja jerarquía, y pasa a ser él mismo un funcionario administrativo o un mero servidor, sin esa posición

de espectacularidad que le daba el poseer — para muchos lectores — la llave y el secreto de tanta sabiduría.

No se nos escapa que es muy difícil que un Menéndez y Pelayo vuelva a dirigir una biblioteca nacional, no sólo por la dificultad de que aparezcan con relativa frecuencia, no ya como bibliotecarios, sino como investigadores, hombres de tan pasmosa erudición, sino por el hecho claro de que, producido el diluvio de material impreso que nos agobia, se necesita un cúmulo de conocimientos técnicos biblioteconómicos que tales personalidades no tienen ni aun se interesan en adquirir. Pero no es menos cierto que la sola preparación técnica nos coloca frente al riesgo de ofrecer no una biblioteca sino un cementerio de ideas, en el que el pensamiento termine por ahogarse bajo el peso de tanto mecanismo y tanta minucia material.

La exigencia de reivindicar para la biblioteca un papel que exceda la rutina, por perfecta que sea, provocó en los Estados Unidos, ya en el último tercio del siglo pasado, algunas reacciones que se concretaron en la insistencia sobre la necesidad de dar impulso a una corriente que permitiera auxiliar al lector, tan desvalido frente a catálogos y problemas de préstamo. Recién en el siglo actual comienza una más activa publicación de artículos sobre la materia, la palabra «reference» se divulga¹, e inician sus actividades en la especialidad figuras como Isadore Gilbert Mudge, a quienes tanto deberá después el servicio informativo de las bibliotecas. Al estudiar Wyer posteriormente estos mismos problemas, los resumirá en esta fórmula: «mecanicismo *versus* humanismo».

LOS DEPARTAMENTOS DE REFERENCIA

Así empieza a tomar el primer plano del interés bibliotecario la necesidad de disponer, dentro de la biblioteca,

¹ Sobre el uso de las expresiones «reference» y «reference questions», ya durante el siglo pasado, véase WYER, JAMES I.: *Reference work*, Chicago, American Library Association, 1930, p. 3-4, y HUTCHINS, MARGARET: *Introduction to reference work*, Chicago, American Library Association, 1944, p. 17.

de todo un departamento, cuya finalidad específica es «interpretar» para el lector tanto la colección de libros como el catálogo, dirigirlo dentro de ese pequeño mundo que es la biblioteca y ponerlo a cubierto de muchos fracasos, por desconocimiento de aquellos materiales con los que debe trabajar.

El libro ingresa a la biblioteca por medio de un departamento de selección y adquisiciones. Sufre después todos los procesos técnicos de catalogación y clasificación. Y es finalmente ubicado y puesto en condiciones de circular, por los departamentos que se dedican específicamente a estas tareas. Pero el libro debe encontrar en otra sección independiente a quienes, atendiendo ya sólo a su contenido y a la curiosidad o necesidades que satisface, estén en condiciones de ofrecerlo al lector, y sacar de su camino todos los obstáculos que se oponen a que éste lo conozca y utilice con el máximo de provecho. He ahí el departamento de referencia y, en sentido muy amplio, su tarea propia. Él está llamado a ocupar, en toda biblioteca organizada con un exacto sentido funcional, un plano preponderante junto a los departamentos de selección, catalogación y clasificación, préstamo, etc.

¿Qué se entiende exactamente por «referencia» o «tareas de referencia», para usar la traducción literal, que ya se ha impuesto, de las expresiones norteamericanas correspondientes? Cada autor ha dado una definición que se distingue generalmente de la anterior sólo por detalles de forma, pero que pueden ser reunidas en tres grupos, que acusan diferencias interesantes. El primero¹, el más amplio, insiste sobre la información al lector, dando a la palabra «información» un alcance ilimitado, que va desde el simple dato del lugar donde se encuentra un edificio público cualquiera o cómo se llenan los formularios de la biblioteca hasta el trazado del cauce para

¹ McCOMBS, CHARLES F.: *The reference department*, Chicago, American Library Association, 1929.

SHORES, LOUIS: *Basic reference books*, Chicago, American Library Association, 1939.

una investigación científica, pasando por el consejo para elegir una lectura recreativa. Informar ampliamente, esas son las palabras que lo definen. Informar, proporcionar datos, sin restricciones de ninguna clase, sin considerar el valor de la consulta formulada, sino el mero hecho de que *alguien* necesita saber *algo*. Los estadounidenses han puesto en práctica algunas veces este criterio, y así las bibliotecas públicas de mayor importancia han llegado a convertirse, en muchos casos, en la «mesa de entradas» de la ciudad, a la que se recurre para saber de todo y sobre todo.

El segundo criterio¹ limita las tareas de referencia a la búsqueda y a la investigación bibliográficas. El público no se acerca para hacer preguntas que puede responder una guía, una agencia de viajes o un periódico. Su curiosidad ha trascendido la mera información de valor práctico para entrar en el campo bibliográfico, y el bibliotecario es interrogado sobre cosas y temas que ponen ya a prueba no sólo su información, sino también su cultura. Así, ante la pregunta del lector, intenta localizar en forma rápida el dato solicitado, por medio de una búsqueda, pero cuando ésta no da el resultado esperado, lleva su tarea hasta los últimos extremos, empenándose en una verdadera investigación, a cuyo éxito dedica todos sus esfuerzos.

En el caso de que razones de tiempo y especialización indiquen la conveniencia de contar con el auxilio de colaboradores o aún de especialistas a quienes se confíe totalmente la tarea, el bibliotecario los seleccionará cuidadosamente y no perderá de vista, en ningún momento, la marcha de la búsqueda.

Informar sigue siendo aquí el imperativo del bibliotecario, pero sólo desde un punto de vista bibliográfico y llevando su tarea personal o la de sus colaboradores, con relación a la profundidad, a los mayores extremos. Informar, en cuanto a ex-

MUDGE, ISADORE GILBERT: *Guide to reference books*, 6. ed., Chicago, American Library Association, 1936.

tensión, bibliográficamente, y en cuanto a profundidad, intensamente.

El tercer criterio¹, por último, no admite que la investigación sea realizada por el bibliotecario o sus auxiliares, ya que el fin de un departamento de referencia no es ni informar en el sentido más amplio, ni investigar en el sentido más estricto. Es buscar y orientar. En el primer aspecto, búsqueda, comparte las opiniones de todos los anteriores, pero no sólo la limita al campo bibliográfico, sino que le señala cierta jerarquía, al declarar que el bibliotecario de referencia no puede perder su tiempo en materias superfluas ni en escuchar preguntas triviales. Para proporcionar información extrabibliográfica, la biblioteca dispondrá de empleados administrativos, cuya tarea se desenvolverá mucho más lógicamente en un pupitre de informes que en una sección de referencia para responder a las preguntas ya bibliográficas, pero muy elementales, de una colección de libros que el lector manejará por sí mismo.

Tampoco será campo de su interés el realizar investigaciones bibliográficas amplias para el lector. Sus actividades son muchas y demasiado importantes como para que casos tan particularizados puedan distraerlo de ellas, con detrimento de la tarea general.

Queda, pues, una zona intermedia, que va del simple dato elemental al tema que demanda una investigación, y ahí estaría el verdadero campo del bibliotecario de referencia.

Cabe ahora preguntarse qué auxilio ofrece el departamento a los que están por debajo o más allá de un nivel informativo medio, ya que lo afirmado anteriormente podría justificar la idea errónea de que ni el lector de instrucción o capacidad modestas, por una parte, ni el estudioso que ha superado el término medio de investigación, por otra, pueden

¹ WYER, JAMES I.: *Reference work*, Chicago, American Library Association, 1930.

solicitar al departamento ayuda alguna. Sería por demás extraño, y también contraproducente, ya que éste actuaría entonces, con respecto a todo un sector de público, como elemento de rechazo. Y en ese sector estarían incluidos nada menos que aquéllos que más necesitan de la biblioteca, ya sea para aumentar el número de sus conocimientos, ya para proseguir con éxito el camino de la investigación. Por eso, quienes defienden este tercer punto de vista, se adelantan a responder al interrogante planteado diciendo que, lejos de desentenderse de esos dos tipos de lectores, el departamento de referencia dedica a ellos, justamente, sus mayores preocupaciones, porque el esfuerzo y el tiempo que el bibliotecario ahorra al eliminar la investigación y al informar elementalmente, lo destina a *orientar*. No responde a la pregunta, no investiga, pero orienta al lector para que él, por sí mismo, encuentre la respuesta y sea el propio investigador. Pone en sus manos todo un caudal de sabiduría para que vaya desentrañando, con su propio esfuerzo, todas las riquezas que le ofrece, y así logra no solamente satisfacer sus demandas, sino obligarlo a una disciplina y a un esfuerzo cuyas ventajas son, para el propio interesado, incalculables.

Creemos que éste es el criterio más equilibrado y el que permite una acción más ceñida y más efectiva; con respecto al caso particular de nuestro país, el único aplicable.

LA ACCION DEL BIBLIOTECARIO

Delimitado el campo de acción de las tareas de referencia, deberá conocerse la forma en que ellas llegarán al público y la medida en que habrán de ayudarlo.

La primera información que un lector se acerca a pedir a un bibliotecario es, por lo común, un dato concreto. Si la pregunta es elemental, lo remite directamente a la obra en que sabe puede hallarlo. Si la búsqueda no es tan simple, lo auxiliará personalmente e inclusive podrá él mismo realizar parte

de la pesquisa. Pero localizado el dato, podrá el lector tener necesidad de la copia o traducción del trozo, de la reproducción de un mapa, de la fotografía de una lámina, de una fotocopia, de un microfilm. En tal caso el bibliotecario facilitará por todos los medios su obtención y, en las grandes bibliotecas, podrá inclusive disponer de personal en condiciones de prestar tales servicios.

Pero su tarea no termina aquí, sino que recién comienza. Ese mismo lector, u otro cualquiera, precisará ampliar esa primera noticia, querrá conocer nuevas fuentes o comprobar las ya consultadas; en una palabra, internarse en el campo de la investigación. Y es en la tarea de orientarlo por un camino tan lleno de trabajos, y a veces tan accidentado, donde la acción del bibliotecario de referencia alcanza su mayor grado de importancia y efectividad. Orientar al lector, ayudarlo a interpretar las bibliografías, auxiliarlo en la búsqueda del buen rumbo. Aquí hará gala de todas sus dotes y pondrá en juego sus más estimables condiciones intelectuales, para no caer en el «delito de información bibliográfica», que es lanzar al lector, libro tras libro, en un mar de cosas inútiles o, aún peor, seleccionadas tendenciosamente. No hará un trabajo propio de un mozo de cordel o de un acarreador, como decía Menéndez y Pelayo refiriéndose a los malos bibliógrafos¹, sino que pondrá todo su interés, preparación, honestidad y buen sentido, al servicio de las necesidades de sus lectores.

Quedan así señaladas las tres formas de acción del bibliotecario de referencia: búsqueda e información; facilidades para que el lector disponga del material; orientación bibliográfica. A estas tres suelen agregar algunos autores otras, tales como compilar bibliografías, confeccionar listas de los mejores libros, etc.; todo ello en la medida en que el tiempo y el personal lo permitan.

¹ MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO: *La ciencia española*, 2. ed., Madrid, V. Sáiz, 1879, v. 1, p. 49.

FUENTES INFORMATIVAS DEL BIBLIOTECARIO

Catálogos

Para poder cumplir con su importante misión, el bibliotecario de referencia mantendrá estrecho contacto con el catálogo de la biblioteca, pues aun cuando éste no ofrece, puesto que está dirigido al público, dificultades mayores de interpretación y manejo, quedan siempre detalles, sobre todo en materia de encabezamientos poco comunes o en apariencia extraños o arbitrarios, para cuya mejor comprensión es eficaz su auxilio. Por eso frecuentará el departamento de catalogación y clasificación, debiendo también realizar, aunque sea por un tiempo, tareas de este tipo, ya que es muy cierto que mal se las puede dominar en sus menores detalles si no es con una intensa práctica. Este contacto con el catálogo y con aquéllos que lo compilan, lo tendrá al corriente de más de una novedad, y aun le permitirá discutir problemas que contribuirán a su finura de juicio y a una exacta estimación de cuánto puede y debe exigir a la biblioteca.

Es interesante reflexionar, además, sobre el hecho de que el catalogador no tiene contacto alguno con el público, y en consecuencia no conoce la posición de éste frente a su obra. Terminada su tarea, lanza las fichas, pero no retiene los hilos del mecanismo con que funciona el catálogo. Sólo y distante, no llegan a él ni el rumor ni la crítica, y las observaciones de los lectores se estrellan contra esa entidad irreal que es el «cuerpo de catalogadores», que permanece insensible ante sus problemas. Pero ahí está el bibliotecario de referencia para pulsar todas las reacciones y ser quien las trasmita a la sección correspondiente. Podrá así convertirse en un verdadero guía del catalogador, en el mejor censor de sus errores, y reunir, pasando por el tamiz de su propia capacidad y experiencia,

todas esas observaciones dispersas, en beneficio del catálogo. Será su crítico más autorizado y su mejor juez.

Enciclopedias, diccionarios, bibliografías, etc.

Pero a pesar de su gran importancia, el catálogo no es la principal fuente de informaciones ni el elemento específico de trabajo del bibliotecario de referencia. El departamento contará, para cumplir con sus fines, con una fuerte colección de obras que pueden dividirse en dos grandes grupos: por una parte las bibliografías, índices, catálogos, listas; por otra las enciclopedias, diccionarios, estadísticas, guías, anuarios, etc. Estas últimas han sido denominadas «obras de referencia», atendiendo, más que a su naturaleza, al objeto a que se las destina. Tienen como misión propia dar información, suministrar datos. Las bibliografías y obras similares ni informan sobre hechos ni aportan datos. Remiten, con indicaciones más o menos precisas de autor, título, etc., a otras obras, que están en condiciones de informar o ampliar lo que afirman y niegan las obras de referencia.

Selección del material de referencia

La elección de todos estos libros, que han de constituir el fondo del departamento, ha de ser en extremo cuidadosa, y el bibliotecario de referencia no cederá a nadie, en ningún momento, la tarea de elegirlos. Si el mecanismo de la biblioteca exige que intervenga un departamento de selección, el bibliotecario de referencia lo asesorará en toda compra relacionada con su especialidad, y él mismo no aventurará opiniones ni consejo alguno sin haber estudiado previamente la obra o reunido sobre ella el mayor número posible de antecedentes.

Este problema de seleccionar los libros de la sección es a

tal punto delicado que a menudo carece de valor práctico hasta el consejo de un buen crítico. Las obras de referencia son las que ofrecen mayores dificultades, y en el caso de nuestras bibliotecas, mucho mayores todavía, pues el estudio de las mismas se hace, en su casi totalidad, por autores y para bibliotecas con público de habla inglesa, y aquéllos no solamente no toman en cuenta una buena parte de los trabajos de ese tipo más usuales en países de lenguas romance, sino que aun en aquellos casos en que se ocupan de trabajos que interesan en cualquier parte del mundo, tienen — para considerarlos más o menos aceptables — razones que son valederas para su país, pero no para otros.

Así, por ejemplo, en el caso de las enciclopedias, el estadounidense Shores¹, parece ignorar la existencia de las enciclopedias de *Espasa y Treccani*, a las que ni siquiera cita, a la vez que prodiga los más entusiastas elogios — muy justos, por otra parte — a la *Britannica*, que es unánimemente proclamada la mejor. Sin embargo, un buen bibliotecario argentino de referencia, puesto en el trance de elegir, no podría vacilar en dar su preferencia a las dos primeras. Esto sin perjuicio de que alguien pueda opinar — sin mayor riesgo de refutación — que la enciclopedia más completa que existe para tareas de referencia es la del Instituto Treccani.

Sobre el peligro de elegir sin saber qué se adquiere, baste, como ejemplo, el caso de aquel bibliotecario que, al ver anunciada la *Compton's Pictured Encyclopedia*, en 15 v.², creyó que se trataba de una obra sobre arte, e invirtió más de 60 dólares en su adquisición, comprobando después que era una enciclopedia escolar ilustrada.

Se impone, en consecuencia, la necesidad de que el propio bibliotecario haga un estudio cuidadoso de las obras, teniendo

¹ SHORES, LOUIS: *Basic reference books*, Chicago, American Library Association, 1939.

² *Compton's Pictured Encyclopedia*, Chicago, Compton, 1922.



en cuenta no sólo la autoridad de su autor, sus características tipográficas, su fecha de edición, etc., sino también muy especialmente el público que va a servirse de ellas y la necesidad que están llamadas a remediar. La compra de un diccionario abreviado puede no justificarse en una biblioteca universitaria, y una enciclopedia de tipo científico en lengua extranjera, como la *Britannica*, encontrará poco uso en una biblioteca infantil. La enciclopedia católica y la enciclopedia judía serán imprescindibles en una facultad de humanidades, pero en una escuela de química se preferirá mucho antes que a éstas, la enciclopedia de química industrial de Ullman.

Claro que estas razones, por evidentes, pueden parecer ingenuas, pero lo cierto es que, en materia de selección con respecto a un público dado, los problemas que se plantean son muchos y muy complejos, y arrancan de casos tan evidentes como los citados para llegar a otros tan difíciles de solucionar que ponen a prueba todas las cualidades del bibliotecario. Y éste no sólo cuidará de no comprar lo inadecuado o lo malo, sino que evitará también — lo cual por menos evidente es más difícil — la inversión en una obra inocua que, además del gasto que demanda, suele perjudicar al lector con pérdida de tiempo y esfuerzos al obligarlo a pasar de un libro a otro, moviéndose siempre entre datos ya sabidos o de segunda mano, sin llegar nunca a encontrar lo que realmente busca.

En lo que respecta al otro tipo de obras, las estrictamente bibliográficas, la guía que proporcionan los estudios sobre el tema, como el *Handbuch* de Schneider¹ y *Bibliography* de Van Hoesen y Walter², son más seguras que en el caso anterior, por la sencilla razón de que hace ya varios siglos que se estudian las obras de bibliografía, y porque sus críticos

¹ SCHNEIDER, GEORG: *Handbuch der bibliographie*, 4. Aufl., Leipzig, Hiersemann, 1930.

² VAN HOESSEN, HENRY BARTLETT AND WALTER, FRANZ KELLER: *Bibliography, practical, enumerative, historical*, New York-London, Scribner, 1937.

han sido más universalistas que los de obras de referencia, y nada — o muy poco — ha escapado a sus pesquisas. A esto ha contribuido, en parte, la importancia y peso de las tareas bibliográficas en Alemania, que, por la posición continental del país, se vinculan mucho más con las restantes naciones del continente, en especial con Francia, que las de habla inglesa.

Se da además la coincidencia de que el sector más olvidado en general, que es la bibliografía en lenguas eslavas y orientales, es igualmente exótico para pueblos sajones y latinos, y así su conocimiento imperfecto, que tanto lamentan unos como otros, resulta para nosotros, por razones de dificultad en el manejo, menos sensible que la falta de una buena guía para obras de referencia. Así, al adquirir trabajos de tipo bibliográfico, no se correrá mayor riesgo si se consultan los textos más autorizados y al día sobre la especialidad, y si se recuerdan algunas indicaciones de puro buen sentido, que merecen sin embargo ser consideradas con algún detenimiento.

En términos muy generales, y considerándolas especialmente con respecto a problemas de selección, las bibliografías pueden ser exhaustivas o selectivas, meramente enumerativas o anotadas, y críticas, comerciales o no comerciales. Con respecto a las primeras, aun sin tener en cuenta la imposibilidad de que un trabajo de esta índole pretenda agotar el campo, lo cierto es que para fines de orientación la utilidad de una bibliografía selectiva no puede discutirse. Jast¹, ha llevado el ataque más vigoroso contra la obsesión del «completeness», y declara en su pintoresco lenguaje que «Complete bibliographies in the old sense will be regarded as bad bibliographies, and all God-fearing, Christian bibliographers will shun them, as they, more or less successfully, shun the devil and his works».

Las bibliografías anotadas y críticas, que generalmente participan de ambas características, prestan una utilidad muy

¹ JAST, L. S.: *Bibliography and the deluge: I accuse*. (En *Library Association Record*, Enero 1936, pág. 353-60).

superior a las simples listas, siendo en estos casos de fundamental importancia la seriedad intelectual y honradez de juicio del autor. En este sentido, la obra de Mudge¹, puede considerarse como un modelo en su género, pese a las inevitables omisiones que es fácil señalarle y a la prudente parquedad de las opiniones que se arriesgan.

Por fin, entre las bibliografías no comerciales y las comerciales, la preferencia se inclinará por las primeras, ya que una vocación bibliográfica da siempre mejores frutos que una empresa comercial, sin contar las muchas razones, que responden en general a motivos económicos o a celo mercantil, que pueden pesar desfavorablemente, ya sea en la selección del material que se incluye, ya en las opiniones que se formulen.

Realizada la elección y adquisición de obras, y habiendo pasado éstas por las distintas etapas que preparan el libro para su uso, llegan finalmente al departamento de referencia donde, completando y siendo completadas por el catálogo, permitirán que el bibliotecario saque el mayor partido de las existencias de la biblioteca.

Colaboración interbibliotecaria

Sin embargo, es posible que muchas de las demandas de los lectores no encuentren respuesta en las obras que ella contiene, o que las bibliografías les sugieran consultas de trabajos que ella no posee. Para subsanar estas inevitables deficiencias de información y para facilitar además la tarea del lector, el bibliotecario de referencia mantendrá vinculaciones estrechas con sus colegas y con todas las instituciones similares cuya colaboración pueda solicitar y a las cuales a su vez retribuirá en forma semejante.

¹ MUDGE, ISADORE GILBERT: *Guide to reference books*, 6. ed., Chicago, American Library Association, 1936.

La importancia de los catálogos centralizados y de la colaboración interbibliotecaria se ponen aquí de manifiesto. Penna¹, que quiere que esa colaboración sea, además de interbibliotecaria, integral, ha esbozado un plan vastísimo, cuya realización no es, sin embargo, imposible, ni su planteo utópico, y cuya puesta en marcha sería, para las tareas de referencia y fines de información en nuestro país, el apoyo más firme y una de las contribuciones más efectivas. Abarca la formación de catálogos centralizados regionales, colecciones — también regionales — de bibliografías y obras de referencia, impulso y régimen para un buen sistema de préstamo, plan coordinado de adquisiciones y colaboración en los procesos técnicos. De todos estos puntos, el primero y el tercero ofrecen la posibilidad de una realización más inmediata².

Obras de referencia y bibliografías; catálogos de las bibliotecas; aportes de la cooperación interbibliotecaria, son los elementos sobre los cuales juega la tarea de referencia. Toda otra contribución — las consultas a especialistas, a academias, sociedades, etc. — podrá también ser contemplada, pero ya en escala mucho menor y en casos determinados.

VALORACION DEL FACTOR HUMANO EN LAS BIBLIOTECAS

Queda por considerar, finalmente, el factor humano en este tipo de tareas. Todo lo dicho sobre el dilema «mecanicismo vs. humanismo» de Wyer, encuentra resonancia, aplicación y salida en las tareas de referencia. Aquí, más que en ninguna otra sección de la biblioteca, el individuo juega su

¹ PENNA, CARLOS VÍCTOR: *Ideas para una colaboración integral entre bibliotecas argentinas*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, Instituto Social, 1945.

² Para conocer algunas experiencias ya realizadas, claro está que fuera de nuestro país, puede ser útil la lectura del Pamphlet N° 27 del City Club of Denver, *The Bibliographical center for research, Rocky Mountain region*, Denver, The City Club, 1944, en el que se exponen los resultados de una buena organización informativa regional, realizada con un encomiable sentido de cooperación, y en la que participan treinta bibliotecas.

gran papel. El elemento humano, con todo lo que hay en él de imponderable, de inasible, ocupa el primer plano. Porque elemento humano son los lectores que concurren con problemas que pueden llegar a tener para ellos mismos un valor decisivo; el mundo que guardan los libros de la sección, tan múltiple y dramático como que abarca la historia total del hombre; y finalmente quien sirve de puente entre el lector con sus problema y los libros. De ahí su importancia, su papel único en la biblioteca, su responsabilidad.

Qué condiciones debe reunir un bibliotecario de referencia es materia que ha preocupado a todos los especialistas. Wyer le señaló 27, que van desde el aseo personal hasta exigirle casi talento. Se pueden reducir a menos, que quizás involucran todas las del autor norteamericano: una inteligencia media, una instrucción más que media, con constante tendencia al alza, un buen sentido a prueba de todo trastorno y una inobjetable buena educación.

Quizás a primera vista parezcan un poco dispares estas condiciones, y también poco ambiciosa la exigencia. Sin embargo, en ellas están comprendidas todas las cualidades que anhelamos encontrar en aquél que nos atiende en cualquier biblioteca que frecuentemos, y está implícita, sobre todo, la necesidad de esa corriente de simpatía que impulsa al lector a volver una y otra vez a consultar a quien sabe brindarse con generosidad, rectificarse con justicia, acoger con calor a todo aquél que necesita su ayuda, y a alegrarse con sus triunfos. Una excelente colección, un buen catálogo, pueden ser anulados por un espíritu egoísta y mezquino. Que el lector no se sienta desdichado ni inferior ante quien triunfa sin dificultades sobre su ignorancia, a la que mira con más compasión que interés¹. Que esa corriente de simpatía fluya

¹ En la pequeña y tan estimable obra de COWLEY, J. D., *The use of reference material: an introductory manual for librarianship, students and assistants*, London, Grafton, 1937, se dice: «Nothing is more dangerous than to go directly to the shelves and return in

hacia el lector, y la colección de libros y los catálogos prestarán servicios más que estimables, se superarán a sí mismos. Y todo se deberá al bibliotecario de referencia.

Ciertamente que hacer gala de tantas y tan variadas condiciones, exige un aprendizaje y una preparación que durarán tanto como la vida. El bibliotecario deberá a su propio esfuerzo mucha de su eficiencia, pero es notoria la necesidad de darle las bases para su futura acción y los conocimientos esenciales que le permitirán los primeros pasos seguros en su carrera. Esta tarea está reservada a las escuelas de bibliotecarios y, comprendiéndolo así, la de la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino incluye en su nuevo plan dos cursos que, bajo la denominación general de *Referencia y Bibliografía*, contemplan la posibilidad de dar a los alumnos las nociones esenciales para comenzar a ser buenos bibliotecarios de referencia. Será muy plausible que los cursos de bibliotecología que ya existen o puedan llegar a fundarse en el país, den su justo valor a la necesidad de conceder pareja jerarquía a los estudios de catalogación y clasificación así como de referencia.

POSIBILIDADES DE INSTALACIÓN DE SERVICIOS DE REFERENCIA EN NUESTRO PAÍS

Quedan ahora por considerar las posibilidades que ofrecen las bibliotecas de nuestro país para la instalación de servicios de referencia. El espectáculo que ellas ofrecen en su mayoría, es poco alentador. Resulta difícil comprender, por ejemplo,

triumph with the «obvius» book... Moreover, no assistant who takes a pride in his work can manage to conceal completely the slight air of ease and confidence which arises on such occasions. It is extremely bad for the enquirer's morale, especially if he already feels a little diffident about asking for help, to have his difficulty solved too easily and too confidently. He is made to feel a little foolish, and next time he visits the library with perhaps a much more difficult problem, he may fail to ask for help at all and spend much time fruitlessly trying to solve it himself.» : pág. 13-14.

cómo las bibliotecas universitarias no han organizado ya servicios de referencia, y esto en un país en que los estudiantes llegan a la universidad sin las más elementales nociones de la forma de conducirse en una biblioteca, y mucho menos de la manera adecuada de informarse. Hasta tal punto es esto cierto y es tan grande la ignorancia y el desamparo estudiantil en esta materia, que es frecuente, en esas bibliotecas, recibir solicitudes de alumnos que piden el texto de tal asignatura, convencidos de que no hay más forma de estudio que la que han practicado en el colegio secundario, y que la biblioteca no tiene otro servicio que cumplir que poner a su disposición ese texto.

Lógicamente, una política bibliotecaria bien organizada contempla la enseñanza de la práctica de la consulta en bibliotecas desde la escuela infantil, pero, y aun cuando el problema de la referencia se hace sentir y debe encararse en bibliotecas de todos los establecimientos de enseñanza, cualquiera sea un grado de intensidad, menos ambiciosos y no queriendo alejarnos de las posibilidades reales de solución para el problema, preferimos referirnos por ahora solamente a bibliotecas para público adulto, universitarias o públicas, especializadas o generales.

No cabe ninguna duda de que, en el terreno de la referencia, nuestras bibliotecas tienen aún mucho más camino que andar que en el de la catalogación y clasificación. En este último aspecto hay planes en marcha y una buena tarea cumplida. La organización de servicios de referencia en la forma amplia enunciada, aún está muy lejos de llegar a ser una realidad.

El primer inconveniente con que se tropieza es que, como bien lo hace notar Seymour de Ricci¹ con respecto a las bibliotecas francesas en general, el bibliotecario raramente puede

¹ DE RICCI, SEYMOUR: *Le problème des bibliothèques françaises*, Paris, Giraud-Badin, 1933, pág. 2.

formar la biblioteca ideal. Ingresa casi siempre a un organismo ya constituido, y su primer acto es, justamente, traicionarse. No puede, de un golpe, destruir lo hecho, ni mover él solo la pesada máquina burocrática. Debe aceptar temperamentos que ha rechazado en la teoría, y continuar empresas con cuyo planteo y solución disiente. No podrá hacer mucho más que tratar de llevar a la práctica, en forma modesta, soluciones compatibles con la vida de la institución tanto como con las necesidades del público. Considerando desde este ángulo el problema de poner en marcha un servicio de referencia en nuestras bibliotecas, no cabe la menor duda de que el cuadro ideal que hemos presentado deberá sufrir muchos quebrantos. Pero a pesar de todo, y con un sentido realista de nuestras posibilidades y necesidades, sería de gran importancia, para la eficiencia de sus tareas, que todas aquéllas que tuvieran la menor posibilidad de organizar tal servicio, lo intentaran, aun en el plano más modesto.

Es general oír decir que nuestras bibliotecas tienen un bagaje muy pobre de bibliografías y obras de referencia. Menos aventurado y seguramente más exacto es afirmar que no es tanto su pobreza cuanto la dispersión del material lo que las hace tan poco efectivas en ese aspecto de su actividad. Por ejemplo, la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires ha comenzado a recatálogo y reclasificar todos sus libros y publicaciones periódicas de tipo bibliográfico, y los va concentrando en un solo lugar, con las inevitables limitaciones que le imponen su local y sus posibilidades de expansión. Con ello ha logrado ofrecer en consulta al público una serie de obras cuya existencia era ignorada por los más. Por su parte, la Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, ha realizado una duplicación de sus fichas de obras de carácter bibliográfico y biblioteconómico, formando así un catálogo de más de mil títulos. El primer paso hacia